

Fué adicto á Napoleón III hasta que Napoleón III, volviendo la espalda á los principios sociales que le dieron el imperio, dejó de representar la salvación de la Francia católica. Entonces Napoleón suprimió el *Univers*, permaneciendo muda durante bastantes años la elocuente pluma de M. Veuillot.

Volvió á aparecer el *Univers*, y Veuillot volvió á combatir con viril energía todas las formas y todos los matices de la revolución. Durante el sitio de París por los prusianos, no quiso abandonar la capital, como casi todos los periodistas liberales, permaneciendo en el puesto de honor hasta el fin de aquellos sucesos.

Luís Veuillot pasa por el primer prosista de Francia.

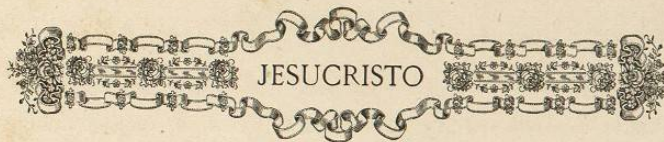
Nadie ha sabido dar mayor variedad y tintas más fuertes á su estilo, formas más diversas á la lengua, fuerza más extraordinaria á los argumentos, mayor alcance y profundidad á las ideas. Todo lo que escribe lleva un sello que le caracteriza. Tiene el arte, diría más bien el genio, de convertir en naturales, haciéndolas agradables, las transiciones más bruscas; y así se le ve descender de la alta elocuencia á la familiaridad, como pasar de la burla más cómica al razonamiento más serio, cuando en una no amalgama cosas tan opuestas. La ironía es su arma favorita, y, sin embargo, ¡cosa sorprendente en alto grado! no hay escritor que le aventaje en sensibilidad.

Todas estas cualidades brillan en sus obras literarias, políticas, históricas y religiosas: en *La Mujer honrada*, novela, que es una obra maestra de sentimiento y de originalidad, como en la *Vida del P. Muard*, en la que se encuentra la elocuente sencillez de los escritores ascéticos; en su *Refutación de algunos errores sobre el Pontificado*, como en el folleto político *Vindex* y *Espartaco*, que uno no se cansa de releer y de admirar. Aparte de estas obras, han salido de la pluma incansable de M. Veuillot *Las Peregrinaciones á Suiza*, *Los Libre-pensadores*, *La pequeña Filosofía*, *Esto y aquello*, *El Perfume de Roma*, *Los Olores de París*, la famosa *VIDA DE JESUCRISTO*, *Las Culebras* (sonetos), y otras ménos importantes, pero todas notables por los conceptos ya indicados.

## PRIMERA PARTE

---

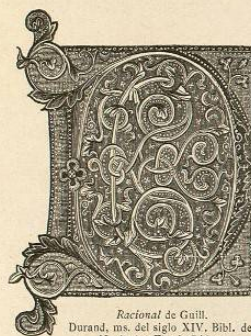
# JESUCRISTO ESPERADO



JESUCRISTO

I

DIOS Y EL HOMBRE



*Racional de Guill.  
Durand, ms. del siglo XIV. Bibl. de  
M. Ambr. Firmin-Didot.*

OS personajes notabilísimos aparecen en el Evangelio santo, Dios y el hombre; y no es de ménos importancia el lugar que se designa al hombre por gracia, que el que ocupa Dios por propio derecho y esencial dignidad. Por bien del hombre bajó Dios del cielo á la tierra; por el hombre tomó el Espíritu increado el peso y bajeza de la carne humana; por el hombre se encerró en ella el Sér infinito y como que se limitó á la pequeñez de la misma; por él aceptó el Todopoderoso la debilidad é impotencia de la naturaleza humana; por él la pureza esencial se revistió

de las ignominias del pecado, y por él se sujetó á la muerte, y muerte de cruz, el Inmortal. El hombre es el objeto de tan grande é inconcebible amor. Desde luego dirigiremos nuestra consideración hacia Dios; pero sin perjuicio de eso, permitáse-nos preguntar: ¿Qué es el hombre? Según la *ciencia* moderna, el hombre es un animal que ha inventado á Dios: «Desde el momento que el hombre supo *distinguirse del animal*, se hizo religioso.» Este rasgo científico expresa maravillosamente el pensamiento fundamental de los libros que se han escrito en estos tiempos modernos, con el determinado y exclusivo fin de combatir la fe y destruir toda creencia en Jesucristo Dios, medio segurísimo de concluir, á ser posible, con la religión y con la razón, y de hacer del hombre lo que se intenta y pretende que él ha sido, un puro animal sin aditamento alguno de inteligente ni de racional.

El hombre no se tomó el trabajo de hacerse un sér religioso. Él lo fué desde el principio de su existencia, desde su mismo origen y en el momento en que conoció que Dios le había criado. Se podría asegurar con más exactitud y propiedad que desde el instante en que el hombre cesase de ser un ente religioso no se distinguiría en nada de un puro animal. Uno de los caracteres del hombre que se degrada hasta vivir como un animal es el no discernir ni comprender lo que le relaciona con Dios.

Empero la alta cualidad que tiene el hombre de ser natu-

ralmente religioso no nos da suficientes datos para conocerle perfectamente. ¿Por qué él es religioso? ¿Qué es lo que él sabe y conoce naturalmente acerca de Dios? Aún con relacion á sí mismo, ¿qué conocimiento tiene y con qué luz y claridad ve lo que á él se refiere? Toda la ciencia que sobre todos esos puntos llega á adquirir, en fuerza de estudiarse á sí mismo y de observar á sus semejantes, no es más que oscuridad y tinieblas, objeto de incertidumbres y de dudas, de confusión y aún de aislamiento y desesperación. ¿Por ventura será él solamente un simple átomo arrojado en la extensión del universo? ¿Tiene él sólo por sí plena conciencia de su sér? Y si se siente grande, y ese sentimiento es justo y fundado, ¿de dónde toma él ese sentimiento de su dignidad y grandeza?

El individuo puede conocer el día en que ha entrado á la vida doméstica; pero ¿sabe tan fácilmente el momento y día en que real y verdaderamente principió á vivir? Sobre este punto, impenetrable á su mirada, no sabe más que acerca del día y momento en que morirá, y muere sin saber el último instante en que aún vivía. Entre estos dos datos del nacimiento y de la muerte, en este corto espacio de tiempo, se ha renovado y como renacido muchas veces; ha gozado de una vida múltiple y muy diferente, y entra en deseo de preguntarse si siempre ha existido ó si para siempre habrá de existir.

El hombre marcha, habla, piensa y ejerce su acción en el mundo. Mientras tanto muere, y, en cierto sentido, muere mu-

chas veces y de muchas maneras; y, sin embargo, se siente bien y lleva en sí el sentimiento de la inmortalidad.

El hombre es limitado y finito; no le es posible dejar de comprenderlo y convencerse de ello con sólo echar una ligera

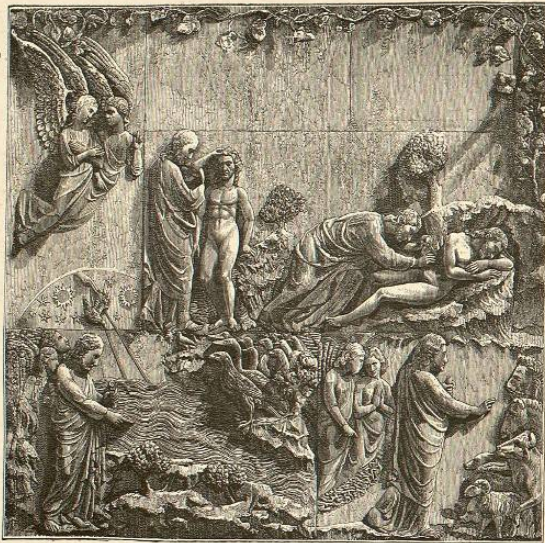


Lámina 1.—Creación del hombre y de la mujer; bajo-relieve de Juan de Pisa, en la catedral de Orvieto, del siglo XIII. El artista se propuso expresar el respeto y la ternura del Creador por sus criaturas.

mirada sobre sí mismo. De tal manera es limitado y finito que ni aún de esa misma cualidad y propiedad de su ser sabe darse razón. Su propio pensamiento, este instrumento tan delicado y maravilloso que le es fiel y le presta servicios cuando los mismos órganos corpóreos se resisten á obedecer y son impotentes

para ayudarle, desfallece al contemplar ese punto; se espanta y se desvanece, duda de sí mismo, y deja también al hombre sumido en la más oscura incertidumbre. Él no viene á ser más que la nada habitando en la misma nada; y precisamente esta misma evidencia de la nada del hombre es el último progreso desde donde el pensamiento atestigua perfectamente su propia existencia. Existe, porque no ha podido fingirse ni inventarse, y porque aún le cuesta ímprobos esfuerzos el conocerse.

Sin embargo, este ser finito, tan pobre é impotente como se presenta, es y no puede ménos de ser la obra de un Ser infinito; y en esa obra se descubren ciertamente algunos rasgos del Divino Artista y algo del Infinito; por eso el hombre por sí solo vale más que el mundo, y es la maravilla más grande del mundo. El hombre, que es limitado en todas sus partes, se muestra, sin embargo, en todo y extiende su mirada inteligente á todo; la pesadez y debilidad de su cuerpo no detienen ni paralizan su pensamiento, sino que éste le acompaña donde el hombre va; examina y estudia todo lo que le rodea, y se extiende y eleva por doquiera. La llama de ese pensamiento abre los espacios, atraviesa los tiempos y traspasa todavía las fronteras de unos y otros. Este ser, á quien cuesta gran trabajo conocerse en lo presente, sin embargo, colocado entre dos instantes de tiempo, de los cuales el uno ya ha pasado y el segundo no está sujeto á su arbitrio y poder, vivía ya, aún antes de nacer, en sus antepasados, y vivirá también después de su muerte en sus

descendientes, y sobre todo, en sus obras, frutos nacidos en un período de transitorios instantes para no perecer jamás.

Antes de que él existiera, todo había sido hecho para él y todo había contribuido á formar el lugar medio en que él debía vivir; él existe en cierto modo y manera en todo lo que ha de venir después de él. Aunque cautivo, se siente él dotado de alas siempre expeditas y libres para volar; y aunque ciego, extiende su vista durante el día más allá del sol, y por la noche la proyecta más allá de las tinieblas; y su mirada no reconoce fronteras ni horizontes. Es un átomo de polvo, sin nombre ayer y sin recuerdo el día siguiente; imperceptible sobre la superficie de esta tierra, escondida entre la inmensidad de tantos astros, no goza más que de un pequeño rayo de luz en el curso de los tiempos; y, sin embargo de eso, viviendo ya, en cierto modo, en el primer hombre, él es de hecho tan antiguo como el tiempo, y existirá todavía, aún después que el tiempo se haya concluido. Cuando dijo Dios: «*Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza*», aquel día nací yo. Pero ¿es ese mi nacimiento verdadero? No, pues Dios, que pronunció tan memorables palabras, no las cumple más que en el momento señalado en sus inescrutables designios, y esos designios existen en la mente divina desde toda una eternidad.

Criado el hombre en el tiempo y concebido en la eternidad, fué criado para vivir en ésta; y no morirá enteramente, puesto que las obras de Dios, á diferencia de las humanas, no se rea-

lizan para después perecer y morir. La materia que no está informada por el alma vale muy poco; ella es en la creación lo que el vestido es al cuerpo, y ese cuerpo solo y separado no es lo que constituye el hombre; es el vestido que se usa y que se gasta y cambia, y sufre diferentes fases y transformaciones. Yo he cambiado muchas veces de vestido, y muchas de las partes físicas componentes de mi cuerpo. ¿Dónde está el cuerpo que tenía yo cuando era niño? ¿Qué se ha hecho del vigor, fuerza y hermosura de mi juventud? Todo eso ha concluido, ha muerto y se ha disipado como los perfumes y sonidos que se pierden en el aire y en el espacio. La verdadera creación, la creación imperecedera, se encuentra en lo que es *la imagen de Dios*. Eso es lo que desde el principio fué ejecutado como obra maestra de admirable perfección y que no perecerá jamás.

De esa manera se ve que Dios, con su infinito poder, ha puesto en la muerte misma la eternidad, en lo mutable y transitorio la inmutabilidad, y en lo finito la imagen de lo Infinito.

Ese es el hombre, ese su concepto, si bien no completo y entero ni aún en la medida del conocimiento que podemos tener del mismo, pues se prescinde ahí de las riquezas y sentimientos que su corazón encierra. Y ¿es posible que este sér tan prodigioso y tan admirable no fuese en su origen más que un puro y simple animal que en nada se diferenciase de todos los otros seres inconscientes que fueron criados precisamente para su servicio y para estar subordinados y sujetos á su imperio? Y

¿puede explicarse ni concebirse que, sin ser tan enriquecido de dotes y privilegios, estuviera algún tiempo confundido entre la multitud de criaturas, destituidas de inteligencia y de los principios de vitalidad, hasta que él supiera distinguirse y elevarse sobre ellas, y principiase á ser un sér religioso, ó inventor de la idea de Dios, ó creador del mismo Dios?

No pasa de ser un sofisma, por no decir una anticuada é insensata superchería de la llamada ciencia moderna, el degradar y rebajar el hombre hasta ese punto, y el colocarle al nivel de los animales irracionales, y áun, si cabe, en una línea más repugnante y más baja. La misma ciencia, que tanto ofende la dignidad del hombre, levanta después su orgullo ante la consideración, bien que infundada, de lo que él hubiera podido llegar á ser saliendo por sí mismo de su abatimiento; y de ahí pretende persuadirle que no es deudor á nadie de su dignidad y grandezas.—«Hé ahí, le dice ella, á qué elevación has sabido llegar por tí mismo; no te detengas en tu progresivo desenvolvimiento, y llegarás por ese camino á ser Dios, y un Dios sin rival, solo é independiente.» Eso es lo que en nuestros tiempos se llama «espíritu moderno, conquistas de la civilización.» Semejante enseñanza y grito tan arrogante no es, sin embargo, tan moderno como se cree; el orgullo de esa pretensión se reflejó ya en las primeras páginas de la historia de la humanidad, y es el espíritu envuelto en las seductoras cuanto fementidas palabras que el hombre paradisiaco oyó del soberbio Satán.

Es muy conveniente recordar al hombre que no se ha dado el sér á sí mismo, sino que es la mano de Dios la que le ha sacado de la nada, y el soplo divino y omnipotente el que le ha dado su espíritu. Siendo animal bajo el punto de vista y por razón de su organismo material, con ser un sér miserable si se le juzga por sus apariencias y manifestaciones, y débil durante los años y condiciones que le rodean en su infancia, impotente mucho tiempo para atender por sí mismo á sus necesidades, para comprender los peligros que le amenazan, y hasta para evitar aquellos que le son conocidos, es, sin embargo, el hombre el sér prodigioso que nace con su organismo y una constitución superior á la de los demás animales, más acorazada que la del rinoceronte, más fuerte que la del león, más ágil que el ciervo que corre, que el tiburón que nada y que el águila en su rápido vuelo. Si queremos dar á este animal su verdadero nombre, podemos llamarle con fundamento *sociedad*. En efecto, él es social desde su cuna, y allí más que en cualquiera otro período de su vida; él no se reputa individuo ni se considera como ciudadano más que cuando puede ver el peligro, prevenirle, defenderse para librarse de él y luchar para vencerle. En la cuna, esa defensa individual y personal está reemplazada por sus padres y por toda la vigilancia, todos los medios y todos los conocimientos de la sociedad. No hay para qué averiguar lo que podría hacer si él estuviese solo en el mundo, pues nunca lo está, ni, atendidas las mismas leyes que presiden su nacimiento y na-

*Lámina 2.*—Creación del hombre. Un bello cuadro *al fresco* de Miguel Ángel, que se halla en la Capilla Sixtina, y es del siglo XVI. Al soplo del Todopoderoso sale el hombre á la vida. Esta combinación, en donde está condensado todo lo más selecto de las artes plásticas de la época del Renacimiento, forma contraste con la de Juan de Pisa, en la que se encuentran un tipo acabado del Idealismo del arte en la Edad Media.



turalaleza, puede estarlo jamás. Él viene al mundo preparado y defendido con el poder y el amparo de la sociedad, mejor que lo está el león con su musculatura y el águila con sus garras. Aun considerado en el estado salvaje, todavía se presenta como rey de la creación, á pesar de que ese estado no es el normal y legítimo para el hombre. El hombre se denomina la sociedad, y su estado normal es este bosquejo de orden y armonía perfecta que llamamos civilización. El hombre se forma, desarrolla y completa con lentitud; pero esa tardanza no deja inseguro el buen éxito, puesto que es garantizado y se emplean para alcanzarle todos los elementos y recursos de la sociedad. Ella le enseña á sujetar el aire y el fuego á las leyes métricas y al cálculo numérico, á dominar el elemento de los mares y contener la acción del candente rayo, á proporcionarse vestidos de más abrigo que los que pudieran formarse de la más fina lana, y más impenetrables al agua que el ordenado plumaje de las aves; á levantar para su comodidad edificios soberbios y sólidos que desafían las tempestades, á extraer de las hierbas y vegetales del campo el pan cotidiano para su alimento, y, en una palabra, la sociedad misma, al acoger en su seno al hombre, le ampara, protege y le rodea de condiciones y ventajas maravillosas. Tal es el sér humano que aparece tan débil al ver la luz en la cuna, y después, colocado bajo el protectorado social, va avanzando por grados en su perfeccionamiento, y aprendiendo con el estudio á vivir en lo pasado y en el porvenir, y también á llenar sus legítimos

finen en el presente sobre la tierra, hasta el momento que deje de existir.

La necesidad misma le compele y obliga á vivir en la sociedad, para que así no sienta la tentadora inquietud de renunciar á los grandes bienes que puede alcanzar durante su vida mortal; y sólo en el estado social es donde puede encontrar el secreto y la fuerza de mantener su superioridad sobre todas las demás criaturas. Él no puede separarse y alejar de sí la dignidad real de que goza sobre los demás seres, á menos que no se vea vencido por la muerte; y aún, entendiendo bien el sentido de esta palabra, no habiendo sido él criado para la muerte, no puede morir enteramente, y así, para su dicha ó para su desgracia, su poder se reduce á cambiar de vida.

Sin embargo, la buena educación y perfeccionamiento del hombre exige un trabajo asiduo y penoso; y le es necesario, no sólo para el bien general de la sociedad, sino también para el suyo particular. Este monarca, destronado por la culpa, tiene imperiosa necesidad de conocer su debilidad y su dependencia, y ante esa necesidad es donde brilla de una manera extraordinaria la sabiduría y la ternura de Dios para con él. Ya en el período de su vida infantil se encuentra el hombre adornado y preparado de un maravilloso resorte que le habilita y fortalece para sostener, sin inclinarse, todas las cargas y presiones que, según su edad, se vea precisado á soportar. La juventud es para él una alegría interior que le excita al amor del trabajo, á la

sujeción, á sobrellevar la tristeza, las inconveniencias, la dilación de lo que espera, y á sufrir, en fin, lo que en edad más avanzada es tan duro y tan penoso, que le habría aplastado y desalentado si hubiera tenido que soportarlo desde su niñez. La edad



Lámina 3.—Creación del hombre; mosaico de la catedral de Monreal, en Sicilia, del siglo VII. Dios anima al hombre, después que hubo formado su cuerpo del polvo de la tierra, infundiéndole un soplo de vida.

adulto aspira á poseer los elementos de llegar á dominarlo todo; el tiempo pasado lo mira como nada, y corre hacia un risueño porvenir en donde cree el hombre joven encontrar su dominación y su seguro imperio. Se abren á cada momento delante de



sus pasos sepulcros donde yacen otras generaciones, y no son bastante á detener su marcha; pasa adelante, y aleja de ellos su pensamiento. La muerte la mira como si no existiese para él, como si no tuviera acción sobre él, y su consideración no le impide buscar un porvenir; ella no le sirve de obstáculo ni para ser, ni para obrar, ni para poseer todo lo que él quiera. Si inesperadamente se le presenta y le alarga la mano, él se asombra, y después contesta : «*Tómala*»; y muere como si ejecutase cualquiera otro acto de su vida. Ésta no la miraba más que como un juego, del cual se separa sin sentirlo.

Mas en este sér humano tan maravilloso, ¡qué de abismos insondables y cuántas incomprensibles miserias se encuentran! Hay en él dos misterios que él mismo no conoce, ni puede conocer, y que, por lo tanto, es preciso que Dios se los revele. Entregado á la consideración de sí mismo, siente una horrible incapacidad para conocer y para amar. Las tinieblas cubren y oscurecen su espíritu, y un muro de arena embota y oprime su corazón. ¿De dónde viene el hombre? ¿Adónde va? ¿Qué mano poderosa le ha arrojado á la vida para estar en guerra constante con los demás hombres? En vano le educa y eleva la sociedad; de nada sirve que él la sea un miembro útil, y de nada sirve que sea ella un elemento indispensable, pues no hay ni existe un amor natural entre él y la sociedad. Ni ella le ama ni le respeta, ni él tampoco la ama y respeta á ella. De una y otra parte no se ven más que servicios impuestos forzosamente,

pero nada de amor y nada de respeto. No obstante, siente el hombre una ardiente é imperiosa necesidad de amar.

Ahí estriba la desgracia inmensa de esta predilecta criatura, tan bella y con tanto esmero formada. El hombre no conoce á Dios, y de ahí que no ama tampoco á los otros hombres, ó, mejor dicho, les aborrece llevado de ciega pasión, y hasta se complace en oprimirlos. Á causa del frenesí con que obra, los mayores encantos de la vida social se convierten para él en amargas, y sus ventajas más nótables en un tormento habitual; no ve en ella más que odio y tiranía. Este rey de la creación, este vencedor y dominador de todos los seres terrestres, capaz de resistir á todas las tempestades, que arroja las feroces bestias de los espesos bosques y las obliga á abandonar sus madrigueras, y que, tenaz é incansable, levanta y reedifica sus ciudades sobre el terreno de los volcanes, encuentra, á pesar de su poder, un enemigo que le humilla, que le encadena y le mata, y ese enemigo es el hombre, su semejante. ¿Puede ser esa la obra primitiva del Paraíso? ¿Ha sido el hombre criado en esas condiciones? No, y por eso nosotros sentimos y conocemos que hay en él un desorden, una perturbación inmensa é irreparable por solas nuestras propias fuerzas, lo cual nos hace comprender que el hombre es un náufrago y un sér caído.

¿Qué nos contestan á esto los que sostienen que el hombre, cuando admiró su grandeza propia, empezó á ser religioso y entró á gozar hasta del poder de crear á Dios, que vale tanto